

casa de Don Leonel de Salazar, subió las escaleras, y se mandó anunciar con un lacayo, no dando su nombre, sino solicitándole para una conferencia con una dama encubierta.

Don Leonel hablaba con su hermano el Padre Alfonso. Despues de haber salido de la casa de Catalina despedido por ella y con el corazon despedazado por el matrimonio de Doña Esperanza, Leonel vagó por las calles de la ciudad sin encontrar consuelo, y casi instintivamente entró á su casa y buscó á su hermano.

Don Leonel estaba en una situacion incomprendible aun para él mismo; sentia celos horribles por el casamiento de su prima; pero enmedio de su despecho sentia por ella un amor y una ternura infinitas, que luchaban, por decirlo así, como la luz y las tinieblas; con una especie de pasion volcánica que se encendia en su pecho al recuerdo de la belleza de Catalina, á la memoria de su gracia, de su voluptuosidad: el combate entre el ángel bueno y el ángel malo de que hablan las tradiciones cristianas se trababa en su alma; no sabia quién triunfaria por fin: amaba á Esperanza con toda la fuerza de su espíritu, y ese amor, por lo mismo que era imposible ya, se habia vuelto en él mas ardiente; pero adoraba á Catalina con todo el fuego de su corazon, con todo el vigor de su cuerpo: no hubiera sabido qué contestar si le hubieran preguntado á cuál preferia perder, pero tampoco hubiera sabido decir cuál de aquellas dos pasiones era mas vehemente.

Don Leonel necesitaba contar á alguién lo que sentia, lo que pensaba; le era preciso desahogar sus penas en el corazon de un hermano ó de un amigo, porque hay veces en que el placer ó el dolor son de un peso superior al que puede sostener nuestro espíritu y necesitamos buscar quien nos yude á sentir.

XXXIII.

De cómo toda Magdalena puede encontrar un Redentor.

LA noche habia comenzado á tender su manto por las calles de México, y entre aquella incierta claridad y entre aquella dudosa sombra, se vió salir, como recatándose de la casa de Don Pedro de Mejía, á una dama cubierta con un velo negro y envuelta en un gran manton, negro tambien.

Por la gallardía de su talle y por el garbo con que caminaba, los lacayos conocieron á la viuda de su amo, á Doña Catalina, que pasó entre ellos sin dirigirles una palabra, sin ordenar que la siguiese alguno, como era mas que costumbre en aquellos tiempos y en aquella hora.

Doña Catalina salió y atravesó resueltamente la plaza sin hacer el menor aprecio ni mostrar siquiera que oia las flores y las galanterías que le decian al paso los hombres de buen humor que encontraba por la calle, y que la tomaban por una dama de picos pardos que buscaba aventuras.

Profundamente preocupada Doña Catalina llegó hasta la

Don Leonel refirió á su hermano cuanto pasaba en su alma, y cuantos acontecimientos habian tenido lugar en aquel dia.

—Pero hermano mio—decia Don Alfonso—parece increíble que nuestra prima Doña Esperanza, la hija de Doña Juana de Carbajal, criada en tanto recogimiento, se haya atrevido á tanto, se haya olvidado de ese amor que me has dicho que te juró tantas veces, para huir de su casa con un hombre viejo y de tan mala reputacion.....

—Y no lo dudes, Alfonso, yo la he visto ante el altar, yo la he visto pasar á mi lado orgullosa y serena, del brazo de su esposo, y cuando me he acercado á hablarla, á reconvenirla, ciego de admiracion y de celos, ella me ha apartado desdeñosamente, diciéndome «no os conozco.» Esto es infame, ¿es verdad, Alfonso? infame.....

—Al menos es incomprensible.

—No, eso no; yo sí lo comprendo, lo comprendo todo, todo; la codicia entró en el corazon de esa mujer, por no sé qué ligas misteriosas, Don Alonso de Rivera venia á ser una persona necesaria para Esperanza, en la testamentaria de Don Pedro, y ella por quitarse un obstáculo, por hacerse de un aliado, por encontrarse sin duda rica y poderosa, lo ha sacrificado todo, todo, mi amor, mi felicidad, su juventud, sus juramentos.....

—Leonel, quizá haya en todo esto algun misterio que no puedes tú alcanzar; no culpes á esa jóven, quizá habrá sido mas desgraciada que criminal.

—Hermano mio, la nobleza de tu corazon te lleva siempre á disculpar las faltas de todos, pero ahora esa benevolencia se engaña, si hubieras visto á Esperanza cómo iba satisfecha de sí misma, cómo me miró con desprecio, ¡oh! entonces no la disculparias, como yo no la perdonaré nunca!

—Somos crueles, Leonel, con los demas, y demasiado indulgentes con nosotros mismos: ¿qué contestarias á Doña Esperanza si ella hubiera sabido tus amores con Doña Catalina, si ella te hubiera reclamado la fe de tus promesas y tus juramentos?

Don Leonel bajó los ojos y cayó.

—Pero ya Doña Esperanza está perdida para tí; una vez unida á otro hombre, no te es permitido ni pensar siquiera en ella, ni recordarla; debes evitar un encuentro con ella: si la amaste no debes hacerla desgraciada; quizá ella te ame aún, quizá algun compromiso terrible la haya hecho dar su mano á ese hombre, y lllore en secreto su pasion por tí; y entonces ¿será digno, será noble que tú te acerques á ella, que le dirijas reproches, que le recuerdes lo que debe olvidar para siempre, que la pongas en la espantosa situacion ó de morir de pena ó de faltar á sus deberes?

—No, nunca, nunca cometeré semejante vileza. Viva feliz y estaré contento.

—Así, así te quiero ver, hermano mio, con esos arranques de nobleza y de generosidad: si ella, como yo creo, te ama, y tú la amas tambien, haced un esfuerzo, sobreponeos, y quizá el tiempo y otro nuevo amor os hará olvidar vuestra desgracia.

—Me parece imposible.

—Nada hay imposible para Dios, y míralo patente; cuando era segura tu desgracia, y ya esa Doña Catalina interesaba tu corazon, y ya sentias por ella el principio de un amor que puede ser tu remedio.....

—Es verdad.

—¿Tú amas ya á Doña Catalina?

—Creo que sí.

—¿Y tú crees que es una mujer digna de tu amor?

—La verdad es que si no lo fuera, me sentiria yo el hombre mas desgraciado del mundo.

—Ese es un síntoma de amor; ¿conoces tú la historia de esa dama?

—Casi toda: es una muchacha pobre, pero de familia honrada, y casi noble, á quien unieron con Don Pedro de Mejía, sacrificándola á sus grandes riquezas; pero el candor y la inocencia brillan tanto en sus ojos azules, como en los negros ojos de mi prima Doña Esperanza.

—¿Y es bella? ¿y te ama?

—¿Bella? es un arcángel; y no sabria hacerte su descripción, porque es una hermosura para vista y no para pintada: ¿si me ama? ¡ay! hermano; yo lo creia así; pero ya te he referido que me arrojó con indignacion de su presencia.

—Bien; pero eso, Leonel, no puede haber sido mas que un acto de los celos, porque fuiste inoportunamente franco con ella.

—¿Lo crees así?

—Sí, estoy seguro, y esta es la prueba de que te ama; y sin duda por su misma inexperiencia ha dado este paso: creete, Leonel, que otra mujer que hubiera tratado solo de engañarte, de divertirse contigo, de explotarte, no se hubiera mostrado tan indignada.....

—¿Y piensas que me perdonará?

—Una mujer perdona siempre que ama de veras y que está segura de ser amada.

En este momento la puerta de la estancia en que hablaban los dos hermanos se abrió, y un lacayo dijo sin pasar del dintel:

—Una dama encubierta que no ha querido decir su nombre, solicita hablar al señorito Don Leonel.

Los dos hermanos se miraron.

—Iré á verla—dijo Don Leonel.

—No—contestó el Padre Alfonso—hazla pasar aquí; yo me entraré al aposento que sigue; quizá tenga esta visita relacion con tus aventuras de hoy, con tu felicidad y con tu porvenir: espero en la estancia vecina; si necesitas de mis consejos, llama; el corazon me dice que te seré útil.

—Gracias, hermano mio. Dí á esa dama que pase.

El lacayo salió por un lado; el Padre Alfonso se retiró por el otro, y Don Leonel quedó solo, esperando á la dama.

Pocos momentos despues, la puerta se abrió lentamente, y la dama misteriosa penetró, volviendo á cerrar.

—¿Estais solo, Don Leonel?—preguntó la dama en voz muy baja.

—Solo, señora; entrad con confianza—contestó el jóven temblando de emocion.—¿Quién sois?

—Miradme.

—¿Dios mio!—exclamó espantado Don Leonel.—¡Catalina! ¡Catalina en mi casa!

—Sí, Leonel, en vuestra casa, porque necesitaba hablaros, necesitaba veros para pedir os de rodillas, si no vuestro amor, al menos vuestro perdon, porque no puedo vivir sin adoraros.

—Catalina—dijo Leonel exaltado y tratando de tomar una de las manos de la jóven—me haceis muy feliz.

—No me toqueis—exclamó Doña Catalina retrocediendo—no me toqueis, por Dios, porque entonces me seria mas espantoso despues vuestro desprecio; no os acerqueis á mí, no me hableis de vuestro amor, hasta que os diga quién soy, hasta que conozcais mi historia, Don Leonel, porque yo no soy digna de vuestro amor.

—¡Catalina! ¡Catalina! me espantais!.....

—Sí, Don Leonel—continuó con exaltacion la dama y en voz muy alta—yo no soy lo que pareceo; yo no soy una jóven honrada, pura, virtuosa; yo no soy la honesta viuda de Don Pedro de Mejía.....

—¡Catalina! callad, por Dios!

—No, no; escuchadme, escuchad hasta el fin lo que tengo que deciros; porque os amo tanto, que este secreto pesa como una montaña sobre mi corazon, y porque moriria antes que engañaros: yo soy una mujer perdida, que ha comerciado con su euerpo y con su belleza desde su mas tierna juventud; yo he servido para lisonjear los caprichos de los jóvenes prostituidos y para juguete de las brutales pasiones de los viejos y ricos encenagados en el vicio; yo no debo traer este trage de viuda honrada y honesta, no; para mí los picos pardos de las mujeres públicas, los escandalosos tocados de las mulatas que viven del vicio: yo no soy una jóven virtuosa como vos habeis creido; soy una ramera, una infame, indigna de ser vuestra, indigna de vuestro amor, indigna de ser siquiera esclava de vuestra casa.

Don Leonel, verdaderamente aterrado con aquellas confesiones, con aquella ruda y terrible franqueza, con aquel lenguaje apasionado de Catalina, habia caido en un sitio y se cubria el rostro con las manos, sin atreverse á mirar siquiera á la jóven.

—Yo no quiero—continuó Catalina—ni referiros mi historia ni culpar á nadie de mi desgracia: yo vivia en el vicio..... y en el escándalo, y me presté á representar el papel.... de una jóven honrada con un hombre que me hizo su es....posa y que murió sin haberme llamado suya nunca; pero entonces no me arrepentia de nada, porque no os conocia á vos, porque no os amaba, porque no me habíais dicho vos nunca que me amábais, porque no comprendia yo que ha-

bia perdido la honra, que era la única llave que me falta hoy para penetrar hasta el santuario de vuestro amor y mi felicidad. ¡Oh! pero ya lo conozeo, y soy muy infeliz: Don Leonel, por Dios, miradme, no aparteis de mí los ojos con disgusto; miradme á vuestros piés suplicando; no quiero vuestro amor, no, no quiero tanto, porque no lo merezco; no quiero mas que vuestro perdon por haberos engañado, y una sola de vuestras miradas.

—Catalina!—exclamó Don Leonel.

—¡Oh! Don Leonel, oidme y me perdonareis: yo no he sentido sino por vos el arrepentimiento, por vos solo siento cuanto malo he hecho en mi vida; sin haberos conocido, sin haberos amado, hubiera sido para mí indiferente todo: pues bien, Don Leonel, la Magdalena obtuvo su perdon del Salvador: si yo sintiera por Dios este supremo arrepentimiento de mis culpas que siento ahora por vos solo, Dios me perdonaria; y vos que me veis de rodillas, confesándoos con rubor mis faltas é implorando vuestro perdon, ¿me lo negareis, cuando es solo el perdon lo que solicito? ¡Don Leonel! ¡Don Leonel! ¿no habrá un Redentor para esta Magdalena?

—Sí le habrá—dijo solemnemente el Padre Alfonso penetrando en la estancia.

Doña Catalina retrocedió espantada á la presencia inesperada del Padre, y Leonel se arrojó á su encuentro abrazándolo.

—¡Hermano mio!—exclamó—soy muy desgraciado!

—Y ella tambien—agregó el Padre señalando á Catalina;—ella quizá mas que tú, hermano mio: acercaos, señora.

Doña Catalina obedeció instintivamente, y el Padre la tomó de una mano.

—Leonel—dijo con solemnidad—tú puedes no amar á

esta mujer, pero no abandonarla cuando vuelve á tí los ojos en su arrepentimiento; no la hagas tuya, pero ábrele, hermano, los brazos cuando busca tu perdon en su abatimiento.

Doña Catalina dió un grito de placer, porque los brazos de Leonel se abrieron, y cayó de rodillas abrazada á los piés del jóven, y derramando un torrente de lágrimas.

XXXIV.

En el que se da razon de lo que pasó á la vieja Doña Catalina con el viejo Don Baltasar de Salmeron.

Don Alonso de Rivera y Doña Catalina de Armijo quedaron pasmados con la violenta energía de Doña Esperanza. La jóven cerró con violencia la puerta de su cámara, y sus dos interlocutores se miraron entre sí con asombro, é instintivamente se retiraron de aquel lugar en que habian llevado una leccion tan ruda.

—¿Qué decís de todo esto?—preguntó Don Alonso.

—Digo que esa muchacha tiene una energía salvaje, y un genio tan fuerte que trabajos os mando para domarla.

—¿Pero creéis que siga esto así? porque ese aislamiento en que ella quiere colocarse, y esa prohibicion de que la toque y de que penetre en su habitacion, me convierte en el marido mas gracioso del mundo.

—Supongo que esa resolucion no se llevará adelante; las mujeres tienen á veces caprichos raros que es preciso no contradecir, y acaban por abandonarlos ellas mismas.

—Segun eso.....

—No insistais en nada vos; ella amainará: y si acaso descubris que se humaniza con vos, procurad entonces hacer el desdeñoso, mostrando que nada se os da de todo eso, y la vereis mas blanda que una madeja de seda.

—Pero entretanto esto no puede seguir así; yo soy su marido, yo tengo derechos.....

—¿Derechos? ¿pensais que á una mujer se la conquista con derechos? ¿suponeis que es una casa ó una heredad cuya posesion pretendéis tener? Desengañaos, Don Alonso; á no ser casos muy remotos, que yo no conozco, una mujer nada concede por violencia ni por fuerza, nada, quizá ni un beso; lo que no haga ó el amor ó la astucia, ni todos los derechos ni todá la fuerza del mundo lo conseguirá.

—Entonces, ¿qué camino me queda aquí

—La paciencia, la paciencia: ya es vuestra esposa.

—Bien, pero ya habeis visto.....

—Vamos, Don Alonso, que á mí no me salgais con esas; yo sé mejor que vos que por pasion no os habeis casado con esa muchacha, sino por interes de su herencia; eso lo habeis ya conseguido: decid ahora que al verla tan cerca de vos y en vuestro poder, os ha entrado un capricho y os creeré, pero no mas.

—Capricho ó no, tengo derechos.

—Torna con los derechos! yo os daria un medio muy sencillo para que todo quedara en paz.

—¿Cuál?

—Si quereis venir á casa, os daré un bebedizo que la dormirá de manera que no tenga mas voluntad que una piedra: en esto no quebrantais ninguna ley divina ni humana, porque es ya vuestra mujer.

—¿Y luego, cuando vuelva en sí?

—¿Qué? dará gritos, os refirá, se mostrará desesperada;

pero en vano; ni tendrá remedio, ni podrá quejarse á nadie, porque los mismos á quienes se queje, se reirán y os darán á vos la razon.

—Puede pasar á otros extremos.

—A nada, no seais tímido: además, yo os propongo lo que creo que puede hacerse: si no os agrada, adelante.

—Sí, sí me agrada; iré, iré con vos, que ningun mal puede seguirseme, y es un medio seguro, infalible.

—Y que os dará un rato muy divertido cuando podais decirle: esposa mia, yo no podia obedeceros, ni la ley ni mi corazon: me permiten veros como á una enemiga ¿qué quereis? castigadme como os parezca.

Don Alonso soltó una carcajada.

—Vamos—dijo la vieja.

—Vamos—contestó Don Alonso.

Rivera tomó su sombrero y una capa, se sujetó su espada á la cintura, y salió de la casa al lado de Doña Catalina.

Estaba ya oscura la noche, y Don Alonso, entretenido en su conversacion con Doña Catalina, no observó un hombre que se destacaba de un zaguan de la acera de enfrente, y se puso á seguirlos.

Llegaban ya á la esquina Don Alonso y Doña Catalina, cuando el hombre que les seguia lanzó un silbido agudo y prolongado.

Volvió Rivera la cabeza, y en este momento cinco ó seis hombres se arrojaron sobre él y sobre la vieja, les pusieron mordazas, y les sujetaron con ligaduras de pié y manos en un momento y de tal manera, que no podian ni dar un grito ni hacer un solo movimiento.

Uno de aquellos hombres se desprendió y volvió con una carroza, en la que metieron á Rivera y á Doña Cata-

lina, y entrando dos de ellos tambien, el carruaje echó á caminar.

Despues de una media hora se detuvieron, y sacaron de la carroza á los dos prisioneros.

Doña Catalina se estremeció de horror: á la luz de una torcida que tenia encendida uno de aquellos hombres, habia reconocido la casa en que estaba; era la misma á que habian conducido á Doña Esperanza. La vieja creyó encontrar en esto la explicacion de aquella aventura; relacionó con esto el severo comportamiento de Esperanza con ella y con Don Alonso; pensó que era una venganza preparada sin duda por Don Leonel, y tembló.

En brazos de aquellos hombres fueron bajados del coche, pero separados; Don Alonso fué llevado á la pieza interior, y Doña Catalina depositada al pié de un árbol que habia fuera de la casa.

—¿Por qué será esto?—pensó ella—¿qué irán á hacer con él ó conmigo?

Todo se habia ejecutado con el mayor silencio: un hombre alto, enmascarado, y cubierto con una capa negra, dirigia la maniobra casi sin hacer seña alguna; parecia que los otros adivinaban su voluntad en sus ojos, que brillaban como los de un tigre, al través de su antifaz de terciopelo negro.

—¿Quién será ese hombre?—decia entre sí Doña Catalina;—no puedo adivinar quién sea; debe ser viejo, porque al través del embozo se escapan algunos mechones de canas de su barba.

Los que habian llevado á Don Alonso volvieron. Entoncez uno de ellos pasó un lazo por encima de uno de los brazos del árbol.

—¿Me van á ahorcar?—pensó la vieja, y se estremeció.

El hombre tomó uno de los extremos de aquel lazo, hizo un nudo corredizo, y se acercó á la vieja.

—¡Jesus me acompañe!—dijo ella interiormente.

Pero el hombre pasó la lazada sobre las dos manos atadas de Doña Catalina y corrió el nudo; luego se dirigió al otro extremo del lazo, y comenzó á tirar.

La vieja comenzó á enderezarse hasta que quedó de pié; siguieron tirando del otro extremo de la cuerda, y la levantaron del suelo, y quedó suspendida á dos varas sobre la tierra; pero esto le causaba terribles dolores en las manos y en los brazos, tanto por la posicion de las manos como por la presion del nudo corredizo.

Hubiera gritado si se lo hubiese permitido la mordaza.

—Basta—dijo el hombre que mandaba.

Doña Catalina creyó que la iban á bajar; pero los hombres ataron el extremo de la cuerda en el tronco del árbol, y la vieja quedó meciéndose en el espacio.

Dió el hombre misterioso algunas órdenes en voz baja, y dos de los que le obedecian, se perdieron entre las sombras y volvieron á poco, trayendo entre ambos con dificultad un objeto pesado.

A pesar del dolor de sus manos, la vieja seguia con terror todos aquellos preparativos.

Los hombres depositaron en el suelo lo que traian, que era una gran piedra, y se dirigieron á Doña Catalina. En un instante le arrancaron las medias y el calzado, dejando sus piés enteramente desnudos.

Los amarraron fuertemente uno contra otro con la punta de una cuerda que estaba debajo, pero de tal manera tirante, que el cuerpo permanecia suspendido entre las cuerdas de las manos y las de los piés, sin que la vieja pudiera hacer el menor movimiento, ni levantar siquiera un pié.

Esa falda estorba—dijo el hombre;—quítad ese vestido.

Los que le obedecían arrancaron de la manera mas violenta la falda del vestido á Doña Catalina y la tiraron en la yerba.

—Quitadle la mordaza, dadme su vestido y retiraos todos á México; dejadme solo. Tú, Juan, no dejes de ir adonde te encargué.

—No, señor—contestó uno de los hombres.

Entregaron la vela al gefe, y levantando entre todos á uno para que alcanzase á la cabeza de Doña Catalina, le quitaron la mordaza y luego se retiraron en silencio.

El hombre se cercioró de que habían partido, y cuando creyó que ya iban lejos, porque se había perdido el ruido del carruaje que se retiraba, volvió adonde estaba Doña Catalina, que se quejaba dolorosamente, y se quitó la capa para estar mas libre en sus movimientos.

—Ea, señora—le dijo con una calma horrorosa—ya nos hemos quedado solos y es fuerza que me refirais cómo fué esa desaparición de Doña Esperanza de Carbajal; tengo curiosidad de saber esa historia, toda, entera y verdadera, y por vuestra misma boca.

—Yo os la contaré—dijo la vieja;—pero bajadme de aquí, padezco mucho.

—¡Oh! no soy tan tonto; no me contaríais nada entonces.

—Os juro que os lo contaré todo.

—No; hablad, hablad, y no perdamos el tiempo.

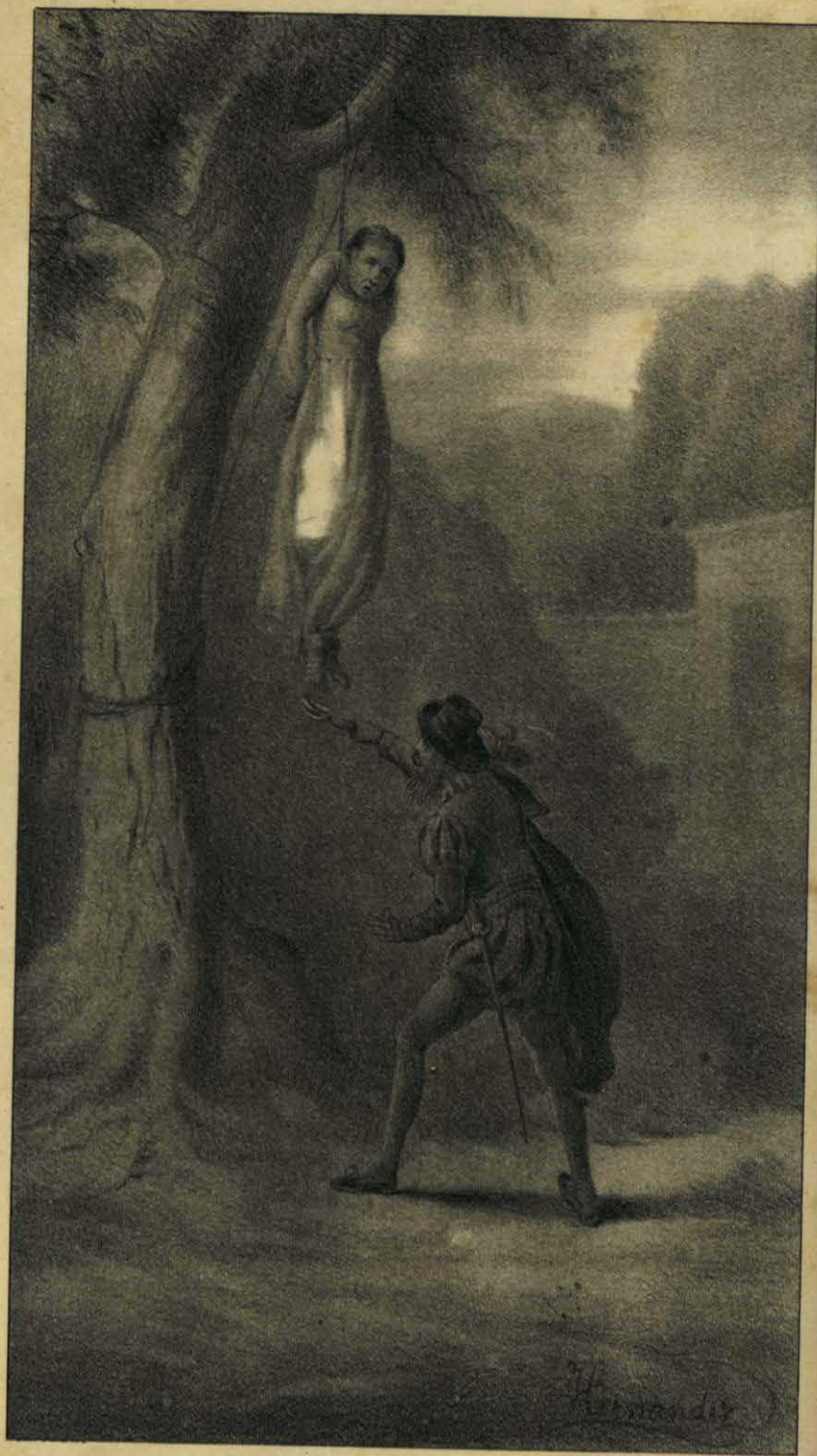
—En ese caso—dijo con energía la vieja creyendo salvarse—no diré nada mientras no me quiteis de aquí.

—¿No?

—No, y mil veces no!

—Entonces, yo os obligaré á hablar.

Y el viejo se acercó con la vela en la mano; Doña Catali-



EL MARTIRIO DE D^{ña} CATALINA.

na hizo un esfuerzo para ver lo que iba á hacer, pero no podia inclinar la cabeza.

De repente dió un grito agudísimo, sintió un terrible dolor en las plantas de los piés.

El viejo le aplicaba á ellas la llama de la vela que tenia en la mano.

Doña Catalina quiso moverse, quitar los piés, levantarlos; imposible.

Estaba atada de tal manera, que no podia hacer el menor movimiento, y no conseguia con sus esfuerzos otra cosa que aumentar el dolor de sus manos.

El hombre, con una tranquilidad asombrosa, paseaba la llama de un pié al otro, procurando hacerlo con tanta lentitud que fuera abrasando toda la planta.

Doña Catalina gritaba y rechinaba los dientes.

Cerca de un minuto duró esta operacion.

—Bien—dijo el viejo retirándose;—¿contareis?

—Infame viejo infernal, no, no; ahora nada, nada; má-tame si quieres.

—¿No?

—No; má-tame, viejo infame, asesino, asesino!

Y Doña Catalina procuró escupir al hombre, ya que no podia hacer otra cosa.

—Muy bien—dijo con calma el viejo;—ahora tiempo doble por la resistencia, y por la injuria de haber osado escupirme, tormento extraordinario.

Y volvió á llegar con la torcida á los piés de Doña Catalina, teniendo cuidado de avivar la llama.

—Vamos á ver; así como así, esto me divierte, y seria lástima que acabase tan pronto; tengo aún mucho que esperar para que lleguen unos amigos que aguardo.

La llama volvió á quemar los piés de Doña Catalina; pe-

ro ya era aquello una cosa horrible: las carnes casi ardian en algunas partes por sí mismas; comenzaban á descubrirse los músculos, que se torcian y se encogian y se ponian negros.

Doña Catalina gritó hasta que se quedó ronca, lloró y se desmayó; pero el hombre, como embriagado, como abortó en su horrible tarea, ni se cansaba, ni se enternecía, ni se demudaba; parecia una estatua de mármol, ó un sábio que estudiaba los progresos del fuego en un cadáver.

Varias veces, muchas, Doña Catalina ofreció contar al viejo lo que él queria saber, y aun comenzó el relato; el hombre no escuchaba, y seguia instintivamente su tarea de martirio.

Los piés de aquella desgraciada habian perdido su forma; eran unas masas negras, sangrientas, que goteaban sangre, que se encendian, que ardian por sí mismas.

La vieja, desmayada, estaba suspendida como un cadáver, insensible. El viejo retiró la torcida, y sus carnes siguieron ardiendo.

En este momento se oyó el ruido y las voces de varias personas que se acercaban.

El viejo se dirigió con su luz al encuentro de los que se llegaban, y encontróse con Don César de Villaclara, que venia conducido por el hombre á quien el viejo habia llamado «Juan,» y seguido de Teodoro y de Garatuza.

Doña Catalina, privada enteramente de sentido, habia quedado en la oscuridad, y como la llama de su torcida deslumbraba á los que llegaban, estos entraron á la casa sin apercibirse de lo que habia fuera.

XXXV.

Dáse razon de cómo habian venido Don César y sus compañeros, y lo que se siguió despues.

AQUELLA noche, Don César, Teodoro y Garatuza se habian reunido para hablar sobre la empresa que entre manos traian.

Teodoro y Martin estaban desesperados, porque nada habian adelantado en todo el dia; Don César, como siempre, indiferente y silencioso.

—Paréceme—decia Martin—que cada dia debemos ir perdiendo mas la esperanza de encontrar á esa pobre jóven.

—Yo solo confio—contestó el negro—en la promesa de Don César, porque no porque está delante, pero nunca da palabra que no cumpla.

Don César alzó la cara, miró á todos y calló.

—¿Aun esperais algo?—le dijo Teodoro.

—No solo espero, sino que estoy seguro de conseguir mucho.

—Pero ¿y cómo?—

—Ese es mi secreto; tened confianza.

—¿Cuándo creeis tener alguna noticia?